



## *Se busca Ayatolá*

*Buenos Aires, 3 de marzo de 2026*

*\*Julieta Herrera*



El 28 de febrero de 2026 quedará marcado en los libros de historia bajo lo que Estados Unidos e Israel han denominado una “operación masiva”, un ataque estratégico que no solo impactó instalaciones nucleares, sino que asestó un golpe clave contra el corazón del sistema político iraní con la muerte del Líder Supremo Ali Jamenei. Tras décadas de tensiones, Washington y Tel Aviv han justificado esta intervención bajo la premisa de un “ataque preventivo” coordinado para neutralizar una amenaza inminente, desatando la mayor crisis institucional en Teherán desde 1979. Sin embargo, detrás de las promesas de libertad y los llamados a la población civil para tomar el poder, **emerge una realidad mucho más compleja, pues la caída de Jamenei no garantiza una transición democrática, sino que abre una incógnita sistémica en una era de interdependencia absoluta.** Ante este escenario, cabe preguntarse si este ataque representa el fin de una tiranía o el inicio de una reconfiguración violenta que sumirá a la región en un caos similar al de Iraq.

Para dimensionar la magnitud de este quiebre, es imperativo entender que Ali Jamenei no era simplemente un jefe de Estado; era el centro absoluto sobre el cual giraba toda la República Islámica desde 1989. Como arquitecto de la supervivencia del régimen, su mentalidad política fue moldeada por el trauma de la guerra contra Irak en los años 80, lo que le inculcó la convicción de que Irán **debía ser una “fortaleza autosuficiente” permanentemente armada contra amenazas externas.**



Esta filosofía de resistencia lo llevó a expandir la influencia iraní a través del llamado “Eje de la Resistencia”, coordinando milicias en el Líbano, Siria, Irak y Yemen para desafiar la hegemonía occidental. A nivel interno, actuó como el guardián más firme de la ortodoxia revolucionaria, construyendo una red de lealtades inquebrantables dentro de la Guardia Revolucionaria y controlando la participación política a través del Consejo de Guardianes. Por ello, su asesinato representa el intento de “matar la revolución” eliminando a su pieza central, dejando al sistema sin su máximo árbitro.

Esta acumulación de atribuciones convierte al cargo en el eje indispensable del poder, lo que explica la celeridad con la que se ha activado el protocolo sucesorio, dado que el Líder Supremo es quien define las políticas generales, nombra a los mandos militares y valida formalmente las elecciones. Según el mandato constitucional, la responsabilidad de elegir al nuevo guía recae en la Asamblea de Expertos, un panel de 88 clérigos que debe deliberar “lo antes posible” bajo una premisa dictada por el propio Jamenei: la elección no debe basarse en conveniencias, sino en “**la verdad, la necesidad del país y Dios**”. No obstante, las condiciones para este nuevo liderazgo son extremas, pues el sucesor deberá equilibrar la ortodoxia religiosa con la supervivencia militar en un entorno de guerra hostil. Mientras se busca este equilibrio, un triunvirato provisional — integrado por el presidente Masud Pezeshkian, el jefe del Poder Judicial Gholamhosein Mohseni-Ejei y el recién designado Ayatolá Alireza Arafí— ha asumido las funciones ejecutivas para evitar que el vacío de poder se convierta en un colapso definitivo.

No obstante, esta incertidumbre institucional se traduce en las calles en una nación **profundamente dividida donde el alivio y el duelo conviven en un equilibrio precario**. La caída del líder ha dejado al descubierto las visceras de una sociedad fracturada por décadas de represión interna sistemática, con hechos sangrientos que van desde el Movimiento Verde en 2009 con denuncias por fraude electoral, hasta las masacres en las manifestaciones de enero de 2026.



Hoy, esta brecha se manifiesta en un contraste violento: mientras las redes sociales nos muestran ciudadanos que festejan y bailan ante el deceso del líder, otros miles se movilizan en señal de luto, clasificándose a sí mismos como “huérfanos”. En medio de este choque, surge la voz de la duda personificada en ciudadanos que temen que el remedio sea peor que la enfermedad y que el país derive en una fragmentación peligrosa en lugar de la liberación prometida.

Esta fractura social no puede entenderse cabalmente sin analizar la resistencia de las mujeres, quienes fueron un *“pilar fundamental para el éxito de la revolución islámica de 1979”*. En aquel inicio, *“las mujeres priorizaron la lucha de la nación por encima de sus intereses como sujetos femeninos”*, pero fueron traicionadas por una constitución que redujo la edad de consentimiento matrimonial a los “nueve años”. Tras décadas de opresión estructural, el asesinato de Mahsa Amini en 2022 transformó el reclamo por el velo en el mayor desafío al régimen bajo el grito de *“mujeres, libertad, vida”*. Actualmente, el costo humano vuelve a recaer sobre ellas tras el bombardeo a una escuela en Minab; ante la tragedia, la opinión pública ha sido severa al señalar que *“la muerte de los niños de Minab sigue siendo responsabilidad de la República Islámica”* por no advertir a la población durante la ofensiva.

Sin embargo, es un error de lectura histórica creer que este conflicto se limita a las fronteras de Teherán, ya que en 2026 la arquitectura mundial se define por una interdependencia sistémica. El ataque es un terremoto económico que ha activado una “alerta roja” en los mercados globales de energía, teniendo como epicentro el Estrecho de Ormuz, por donde transita el 20% del petróleo mundial. En este complejo escenario, el papel de China se define por un pragmatismo que trasciende las alianzas militares tradicionales. **Beijing no actúa como un aliado bélico incondicional, sino que mantiene un vínculo estratégico y económico** —reforzado por acuerdos de inversión a largo plazo y la compra de crudo— sin llegar a establecer pactos de defensa mutua.



Al gigante asiático le preocupa primordialmente la preservación del orden y teme que una revuelta popular desestabilice sus intereses comerciales. No obstante, existe un beneficio geopolítico silencioso: mientras Estados Unidos concentre su atención y recursos militares en el Golfo, disminuye su foco en el Asia-Pacífico, permitiendo a Beijing reacomodar el tablero global a su favor sin necesidad de un enfrentamiento directo.

Bajo este tenso tablero, el futuro de Irán se debate entre múltiples rumbos inciertos debido a la falta de un liderazgo opositor claro. Las posibilidades oscilan entre el ascenso de un régimen militar nacionalista liderado por la Guardia Revolucionaria, el surgimiento de una tecnocracia pragmática o, en el peor de los casos, una deriva hacia el aislamiento totalitario y el derramamiento de sangre.

Aunque desde Washington se asegura que el país es ahora del pueblo para que lo tomen, la realidad es más árida y el desbalance generado podría ser peligroso. En última instancia, el éxito de esta "operación masiva" deja una ironía difícil de digerir, ya que el ataque se ejecutó apenas horas después de que se reportaran avances en las conversaciones de paz e Irán pareciera inclinarse a aceptar un acuerdo nuclear. Al eliminar a Jamenci, se destruyó al único interlocutor con autoridad para validar cualquier pacto, dejando al mundo en un limbo diplomático. Si la guerra es la continuación de la política, este ataque es la apuesta más arriesgada del siglo XXI, una que podría terminar incendiando la estructura misma del orden internacional.

En 2026, la victoria militar resulta ser un espejismo si las primeras víctimas son las niñas de Minab y si el control energético pende de un hilo. La gran incógnita no es si el régimen ha caído, sino si el orden global podrá sobrevivir a la violenta forma en que se ha decidido reconfigurarlo.

**La situación en Irán cambia día a día; este artículo retrata el panorama hasta el momento de su redacción.**

